

NOTAS Y DOCUMENTOS

EL CONCEPTO DE UNIVERSIDAD, LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION Y LAS CLASES POPULARES.

CARTA DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA A LA FEDERACIÓN DE EMPLEADOS DE CHILE, SECCIÓN CONCEPCIÓN

Julio 11 de 1932.

HE recibido la carta de ustedes, de fecha 8 del mes en curso, relativa a las actividades de la Universidad de Concepción, en relación con los intereses de las clases obreras.

Como una muestra del buen espíritu que me anima,—del buen espíritu universitario,—habría querido contestar punto por punto esa carta; pero se encuentran algunos expresados en términos tan inaceptables y con apreciaciones tan antojadizas e inaceptables también, que no hay otra cosa digna que hacer que no tomarlos en cuenta. Por esta razón limitaré mi respuesta a algunos tópicos esenciales que bastan, por lo demás, para dejar claramente definida la actitud de nuestra universidad; pero aun al ocuparse de estos tópicos, ¡qué mal e imperfectamente informados y con qué conceptos tan incompletos sobre las funciones universitarias se manifiestan ustedes!

Tienen, sin embargo, ustedes razón, cuando dicen «la cultura de esta clase, el proletariado, especialmente la del obrero, es nula, porque nunca han contado con los medios suficientes para formarse cultura». Este es un hecho en su mayor parte desgraciadamente cierto, sobre el cual estoy de acuerdo con ustedes y lamento tanto como ustedes. Pero él es el signo de un estado social del cual no se puede hacer responsable a la Universidad de Concepción, como tampoco de que no se haya dedicado a ponerle reme-

dio. La verdadera cultura del proletariado sólo se puede alcanzar por medio de la obra de organismos de educación constantes cuya acción se empiece a ejercitar en el niño y llegue hasta el adulto, como ser la escuela primaria, la escuela nocturna y la escuela de perfeccionamiento. Fundar y mantener establecimientos de estas categorías no corresponde propiamente a la Universidad. No se equivoquen ustedes en su afán de criticar a la Universidad y dejen por esto de enfocar en sus verdaderos factores el problema de la cultura proletaria. Las bibliotecas populares y las conferencias para obreros que ustedes echan de menos, pueden hacer muchísimo bien, son sin duda convenientes y necesarias; pero para que sean aprovechadas en debida forma, deben existir ya obreros con un mínimum de cultura.

Permítanme considerar en este momento una frase de su carta que guarda relación con lo que venimos tratando. Dicen ustedes que «nunca ha bajado hasta el seno mismo del trabajador, a sus barriadas, a sus tristes y trágicas viviendas, la mano universitaria». Siempre he tenido el más vivo interés y simpatía por las clases trabajadoras. Estos sentimientos los he manifestado con hechos constantes de mi vida. He tratado no sólo con equidad sino con afecto a cuanto hombre de las clases bajas ha tenido que ver conmigo, ya sea como cooperador en las funciones que he desempeñado, ya sea que por cualquier motivo se ha encontrado en mi camino. Me he interesado por el bienestar y progreso de esos hombres y los he ayudado en cuanto de mí ha dependido. No he necesitado de la llegada de las doctrinas de la revolución rusa para aprender ciertas ideas, porque las he tenido incorporadas en mi personalidad con el calor de un hondo sentimiento desde mi juventud y con más amplitud que la que caracteriza al doctrinal soviético; y esas ideas son que lo esencial en la vida del hombre es el trabajo, que todo trabajo de cualquier naturaleza que sea, es digno de respeto, que por lo mismo lo es todo obrero, sin distinción de categorías y que los trabajadores honrados, ya sean manuales, intelectuales o de otra especie no somos sino los miembros de la confraternidad de los hombres de bien. Estoy seguro de que tal es también el sentir de los demás directores de la Universidad, del profesorado y del personal universitario en general.

Pero una universidad en cuanto corporación no es una institución de beneficencia. Es ante todo y sobre todo un instituto de alta cultura. Y la universidad que no ha llegado a este nivel debe aspirar primordialmente a alcanzarlo si quiere ser digna de su nombre. No es otro el concepto que informa las actividades de las principales universidades de Europa, de Estados Unidos

y de la Argentina que he tenido la suerte de conocer. El noble fermento de esta cultura no se puede mantener ni transmitir sin una larga preparación de los discípulos que van a recibirse o a asimilársela por medio de sus propios trabajos al lado de maestros que deben tener experiencia y sabiduría. Necesitan un laborioso adiestramiento previo los aprendices de médico, abogado, ingeniero, profesor, farmacéutico, dentista, industrial, agricultor y de cuanta carrera o actividad merezca el título de universitaria. Pero esto no es todo.

Ustedes dicen que nuestra Universidad es una fortaleza, un tabernáculo, y han querido darles a estos términos un sentido estrecho y peyorativo. Yo les acepto que sea un tabernáculo entendido como el sagrario de una forma superior de la vida común que a todos nos conviene conservar en su mayor vigor y fuerza; como una fortaleza, no erigida para atacar a nadie sino para resguardar la tranquilidad del estudio, la fecundidad de la ciencia, la serenidad de la vida espiritual y cerrada únicamente en contra del bullicio estéril de las calles y plazas y de cuanto pueda perturbar el más eficiente desarrollo de las labores del espíritu.

No es, pues, una fortaleza hermética. La Universidad debe estar atenta para satisfacer las necesidades de la sociedad en que actúa, en el orden intelectual, profesional, moral, industrial, económico, etc. Pero este trabajo debe efectuarlo primordialmente en altura y profundidad.

Más que con millares de conferencias populares, que no miro en menos, han servido a su patria y a la humanidad la Universidad de Berlín con haber hecho posible la existencia de un Hegel, de un Einstein y de un Koch, la de Francfurt de un Scheler; la de Koesnisberg de un Kant; la de Harvard de un William James, la de París de un Berthelot, de un Pasteur, de un Bergson, de un Renan; la de Madrid de un Ramón y Cajal, de un Ortega y Gasset. Los escritos de estos sabios y filósofos han sido, y son, por lo general, accesibles a unos pocos, a los iniciados, como ustedes dicen. Pero en cambio la luz que derraman ha sido pura, verdadera y beneficiosa para todos los hombres. Los descubrimientos de la medicina, de la química y demás ciencias y sus aplicaciones prácticas van a servir a los hombres sin distinción de clases. ¿Sería acertado concebir la organización de una Escuela de Bellas Artes, de un Conservatorio de Música de suerte que miraran primeramente a los intereses del proletariado? De ninguna manera. Tal proceder entrañaría una falta de comprensión de las finalidades de esos institutos que no deben hacer otra cosa que cultivar las aptitudes de los que,—de cualquiera clase social que vengan,—tengan vocación para llegar a ser verdaderos pin-

tores, escultores y músicos. Sólo así esos institutos sirven a la sociedad y con ella a los proletarios.

De igual modo la Universidad debe preparar buenos profesionales para la sociedad, sin hacer distinción de clases ni en cuanto a su origen ni en cuanto a su destino y sólo atendiendo a su capacidad. Y a los proletarios tocan también los beneficios de que la universidad envíe a la vida jóvenes ilustrados, eficientes en su profesión, de criterio amplio, honrados, de recto sentido moral y desinteresados.

Con andar buscando atenciones para una clase especial y desconociendo lo que se hace en favor de ella cuando se trabaja para todos, se puede llegar a criticar al Supremo Hacedor por no haber creado un sol y una luna para los proletarios.

En la universidad no hay patricios ni plebeyos. No se admite ni se cultiva otro patriciado que el de la cultura que para ser digna de su nombre debe ser amplia, inspirada en un sentido humano y comprensiva de todos los hombres. El proletariado puede sin duda aspirar también a esta cultura. No le están cerradas sus puertas; pero cuando llegue a ella su corazón verá hermanos en todos los hombres y no enemigos natos en ciertas clases sociales.

Para llevar por otra parte algo de sus enseñanzas al público que no puede asistir a sus cursos regulares, la universidad ha hecho funcionar hasta donde le ha sido posible la extensión universitaria.

Ustedes presentan en su carta como tipo de las conferencias, ofrecidas por este departamento las dadas por el Conde Keyserling, las que, por lo abstruso de su contenido y de su forma, habrían sido inaccesibles al elemento obrero. Pero en realidad conferencias de esa especie han sido más bien una excepción. La casi totalidad de ellas han sido como las dadas por los señores Manuel Rivas Vicuña, Carlos Charlin, Eduardo Cruz Coke, Juan Gómez Millas, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Mariano Picón Salas, Ricardo Latcham, Eugenio Orrego, Carlos Monckeberg, Lucas Sierra, Alejandro Lipschütz, Luis David Cruz, Samuel Zenteno A., Guillermo Grant, Alcibíades Santa Cruz, Walter Knoche, Carlos Oliver Schneider; y tantos otros; charlas amenas e instructivas que los obreros habrían podido aprovechar perfectamente si hubieran querido, porque la entrada ha estado siempre libre y franca para ellos. Por lo demás, el Conde Keyserling es una celebridad mundial y ojalá pudiera la Universidad de Concepción traer, aunque más no fuera por curiosidad, una vez al año una notoriedad de tales campanillas.

¿Será demasiado aspirar ir tras la cultura superior que hemos venido diseñando? ¿Deberemos reconocer que nuestro am-

biente es mezquino y que, en tal ambiente propio de un pobre estado sudamericano, no se debe soñar con tales cosas y hay que contentarse con la turbia mediocridad que el medio permite?

Los universitarios de esta ciudad no lo hemos creído así; hemos pensado que hacemos bien en pretender crear una universidad de verdad. Creemos que no sólo no hemos perseguido una quimera sino que, fuera del bien directo que la universidad ha hecho a la colectividad, tal vez con nuestro tenaz optimismo, nuestras aspiraciones y nuestros modestos esfuerzos algo hayamos contribuido indirectamente a la elevación moral que los hombres siempre necesitan,—y algunas sociedades más, que otras en ciertos tiempos,— en esta vida que es una construcción continua.

Los dirigentes de la Universidad de Concepción no desconocemos la enorme importancia de los problemas obreros; pero, —sin hacer obra negativa respecto del proletariado, como ustedes equivocadamente sostienen,—hemos tenido que dedicarnos en forma primordial a asegurar la estabilidad misma de la universidad y a dotarla de los organismos fundamentales, sin los cuales una universidad no existe. Y no es posible que se nos critique, porque hemos procedido así y no hemos hecho otras cosas, cuando esos mismos puntos esenciales y básicos no los hemos conseguido todavía.

Para una universidad tener edificios adecuados y propios es de importancia capital. Nuestra universidad ha logrado terminar una media docena de construcciones. Necesita con urgencia otras seis más, y su plan de edificaciones se halla suspendido quien sabe hasta cuándo por falta de recursos.

Ustedes me hablan de la importancia de las bibliotecas populares y se quejan de que la Universidad de Concepción no las haya fundado. Estoy perfectamente de acuerdo con ustedes en el gran valor que esos centros de estudios y de recreo espiritual tiene para las clases obreras y todos los sectores modestos de la sociedad. Pero ¿es posible criticar a la universidad porque no haya fundado bibliotecas populares, siendo que ha carecido de medios para dotar de esos departamentos a sus propias escuelas? El Instituto de Odontología no tiene aún biblioteca; tampoco la tiene el Instituto de Matemáticas y Física; La Escuela de Farmacia y la Escuela de Ingeniería Química poseen unos pocos libros; la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, que cuenta con la Biblioteca heredada de la Escuela de Leyes Fiscal que antes existía, no ha podido comprar en el presente año un solo volumen. El fomento de la misma biblioteca central se halla paralizado.

Si hay una clase social que con derecho puede reclamar el ser

objeto de una atención particular de parte de la Universidad es la clase estudiantil. Algo se ha hecho por ella, que no es del caso entrar a detallar en estas líneas. Pero los dirigentes de la Universidad vemos con claridad que queda muchísimo que hacer y sentimos que eso no se pueda llevar a cabo de inmediato por la misma razón antes indicada de la falta de fondos. Poco o nada hemos realizado en favor de la educación física de nuestros jóvenes. Para desarrollarla convenientemente nos hace falta la organización del departamento respectivo y la construcción de un estadio, lo que tampoco es posible por ahora en virtud del motivo que ya he apuntado. Desearíamos tener levantada la Casa de Estudiantes que fuera hogar y lugar de recreo y esparcimiento para ellos. Pero tampoco se ha podido. Para suplir en parte esta deficiencia, los directores y profesores de la Universidad nos hemos suscrito con cuotas mensuales no despreciables a fin de arrendar una casa y atender otros gastos para el sostenimiento de un Club de Estudiantes.

No hemos podido fundar todavía, como hubiéramos querido, ni un Politécnico, ni una Escuela de Agricultura, para contribuir aun más, al desarrollo industrial del país y al afianzamiento de su libertad económica. Tampoco hemos podido crear una Facultad de Comercio.

Los Empleados universitarios no reciben los sueldos que sería equitativo asignarles y el Directorio se ha visto en la dura necesidad de reducirlos aún en forma que ha solido pasar los límites de lo soportable. A los profesores extranjeros contratados, que dan alto prestigio a nuestras Escuelas, no se les ha podido arreglar de una manera satisfactoria su situación, perturbada por la honda crisis en que nos debatimos.

¿No creen ustedes que la Universidad tiene el deber de atender primeramente a la satisfacción de aquellas finalidades y de estas obligaciones que le son propias?

Ustedes hablan de los «fuertes derechos de matrícula que hacen inaccesibles las puertas universitarias para los hijos de los pobres». ¡Qué cargo más infundado! No hay universidad del mundo que no cobre tales derechos y casi siempre más elevados que los que cobra la de Concepción. En las universidades alemanas esos derechos se elevan más o menos a mil marcos anuales, en la de París a quinientos francos, en las norteamericanas a cuatrocientos dólares, mientras que en la de Concepción suben sólo a trescientos pesos. Por otra parte. ¿ignoran ustedes que el Directorio de la Universidad otorga becas en abundancia a fin de que las puertas universitarias no sean inaccesibles para los hijos de los pobres? Esas becas se concedieron hasta el año pasado sin límites. Bas-

taba la mera constancia de que el solicitante careciera de recursos para que le fuera dada. En el presente año, en vista de la notable disminución de los ingresos de la Universidad se le ha puesto un límite que siempre es generoso. Se ha fijado en un treinta por ciento de la matrícula el número de becas y aun este límite es posible pasarlo en casos muy calificados, por medio de un acuerdo especial del Directorio. ¿No creen ustedes que debe ser una norma elemental de honradez informarse bien antes de formular cargos y censurar procedimientos?

Ingrato es tener que recoger observaciones como las que ustedes formulan, relativas a que el Consejo Universitario expulsara algunos estudiantes, porque pretendieron llevar un poco de cultura a las clases populares. Ingrato es también tener que contestar una imputación tan absurda como la anterior, pero es de esas a las cuales no se puede replicar con un piadoso y perdonador silencio. Pasma la facilidad con que ustedes han podido aceptar sin mayor examen ni indagación una explicación semejante y hace pensar en un caso de desorientación, de prevención apasionada que impide formular juicios acertados sobre ciertas cosas e instituciones. Es totalmente falso que el Consejo Universitario haya expulsado ningún estudiante por el motivo que ustedes indican. El hecho de que los estudiantes quisieran llevar un poco de cultura a las clases populares no habría recibido sino vivos aplausos y entusiasta estímulo de parte de las autoridades universitarias, como ha ocurrido cada vez que algo semejante han llevado a cabo. A todas las iniciativas de este género de los estudiantes, la Universidad ha respondido con calurosa aprobación y subsidios, aunque ustedes quieran escatimarle el reconocimiento de este mérito a nuestro instituto. La verdad de lo ocurrido es que a algunos jóvenes no se les renovará la matrícula en el presente mes por varias razones de orden interno que dicen relación con la disciplina y el respeto que no deben dejar de imperar en ninguna organización social y menos en un establecimiento de cultura superior como es una universidad.

Animado de la mejor buena voluntad, de esa voluntad para la cual Lamennais, considerándola un bien supremo, pedía «paz en la tierra», he mirado en conjunto la carta de ustedes y no he querido ver en ella más que la busca de un justo mejoramiento de las clases populares. Pero me han asaltado algunas dudas en forma de interrogaciones inevitables. Si el anhelo de trabajar por el perfeccionamiento de los obreros es vivo y sincero en ustedes ¿por qué no lo han sobrepuesto a cualquier otro sentimiento? ¿Por qué no han tomado un camino directo para conseguir la realización de ese anhelo? ¿Por qué en lugar de optar

por la actitud crítica y agresiva no han venido ustedes ni una sola vez a concertar conmigo, con cualquiera de los dirigentes, o con un profesor universitario una acción que signifique intensificación de la labor de la Universidad en el sentido que ustedes desean? ¿Por qué no han concertado esa acción con los dirigentes de los centros estudiantiles? ¿Por qué no les han pedido siquiera a estos muchachos dirigentes que la concierten con nosotros? ¿Por qué no han hecho ustedes que un buen número de obreros asistan a las conferencias universitarias, cuya entrada es libre y se dan en horas cómodas? ¿Por qué no han pedido ustedes ni una sola vez que tal o cual conferencia dada en la Universidad se repitiera en determinados centros obreros? ¿Por qué no han indicado ni una sola vez tampoco locales obreros en que se pudiera dar conferencias y pequeños cursos sobre asuntos que les interesaran? ¿Por qué no han tratado de aprovechar mientras tanto la biblioteca central que está abierta todos los días hasta las ocho de la tarde?

Me complazco en decirles que esos pasos e iniciativas habrían encontrado en la Universidad franca y buena acogida para hacer lo más que se pudiera en favor de ellas.

Había terminado la presente cuando he visto que ustedes han tenido por conveniente publicar en un diario de Santiago la carta que me dirigieran. Tal vez habría sido mejor esperar mi respuesta. Así se habrían librado de dar a la publicidad un documento lleno de datos falsos y de apreciaciones injustificadas. Pero se ve que ustedes han preferido la resonancia del reproche a la verdadera busca del perfeccionamiento de sus representados. Se han olvidado de que la consecución de grandes fines reclama el aunamiento de voluntades, y de que la cultura en toda situación normal se hermana con la solidaridad y no con el empleo de la violencia que rompe la armonía.

No obstante puedo asegurarles, para terminar, que en nuestra Universidad el buen espíritu y la voluntad de servir son normas invariables que por nada se dejan menoscabar y que en ella jamás se abandona la esperanza de que desaparezcan incompreensiones infundadas.